

LA NOVELA FILM

N.º 31

30 cts.



EL CABALLO DE CARRERAS



La Novela Film



Imp. Vda. de J. Sanjaan Vira
Urgel, 7.-BARCELONA



LA NOVELA FILM

Redacción / Lauria, n.º 96
Administración / BARCELONA

Año I

N.º 31

EL CABALLO DE CARRERAS

Finísima comedia americana
interpretada por

DOUGLAS MAC LEAN

• PARAMOUNT PICTURES CORPORATION •

EXCLUSIVA DE
SELECCINE, S. A.

PROGRAMA
• AJURIA •

LA NOVELA FILM

Barcelona, España, 1930
Distribución: BARCELONA

Nº 67

Prohibida la
reproducción

EL CABALLO
DE CARRERAS

Programa de la película

GOOGLE, MAC-LEA

• PROGRAMY PICTURAS •

EXCLUSIVA DE

SELECIONE S. A.

PROGRAMA

• AJURIA •



EL CABALLO DE CARRERAS

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Para el buen aficionado no hay espectáculo en el mundo comparable a una carrera de caballos, con el clamor inmenso de la muchedumbre y el abigarrado conjunto de los jockeys lanzados hacia la meta con el ímpetu del viento.

Juanito Hardwick, nacido entre caballos de carrera, ama la noble fiesta, y vive de ella. Cuando murió su padre, se encontró solo en el mundo, con un puñado de dólares y un caballo, por toda fortuna.

Su amigo del alma era el jockey Frasquito, apodado "Rompetechos", el cual consideraba al caballo como la máquina más perfecta de la creación.

Después de algún tiempo de entrenamiento, Juanito presentaba su caballo en unas carreras, y comentaba con su jockey:

—Hemos sacrificado bastantes carreras; hoy podemos obtener ya una buena ventaja en las apuestas. Están dando 50 a 1 en contra de mi caballo. Cuando "Honeyblossom" llegue a la meta, caerá sobre nosotros una catarata de dólares.

—Indudable! A la hora actual no hay caballo en el mundo que venza a "Honeyblossom", si se le deja correr todo lo que puede—contestó Frasquito.

Luego, Juanito se acercó a su caballo y lo acarició.

—Es un dolor que mi padre no viva para poder presenciar tu triunfo—le murmuró al potrillo.

Y, en imaginación, revivió la escena de la agonía de su padre.

—Hijo mío, no te dejes apenas más que mi caballo "Honeyblossom", pero estoy seguro que, si sabes manejarlo, resultará una mina de oro—le dijo, en sus últimos momentos, el querido ser.

—De eso hace solamente un año...—recordó Juanito, y añadió, como si su caballo pudiera comprender lo que quería de él—: Mis últimos

mil dólares, los voy a poner a tu favor... ¡Si ganas, son diez mil muchacantes.

En el Hipódromo se encontraban Alberto Duff, un buen amigo de Juanito, y su hija única, Angelinita, de cuatro años escasos, que quería mucho al joven, y a quien éste correspondía de igual modo.

Además, paseábanse también por el Hipódromo: Daniel Cummins, jugador impenitente en las carreras; Milly O'Boy, una artista, a la sazón de moda; y Jesús Boliche, también interesado en los "caballitos" y en sus múltiples combinaciones; todos ellos conocidos de Juanito.

Los tres se le acercaron y Milly, a quien Juanito le era muy simpático, le dijo:

—A Daniel se lo llevan los demonios, porque está perdiendo mucho hoy. No acierta una... Dale un buen consejo, a ver si se desquita en la próxima carrera.

—Hay un medio: apostar a ciegos por "Honeyblossom". Yo me juego el último céntimo.

—¿Tú crees?...—preguntó Daniel.

—Estoy convencido. A sabiendas no me iría yo mismo a la ruina.

Los amigos—Daniel y Jesús—hicieron sus cálculos para las jugadas, y se separaron de su amigo con Milly, a quien Daniel acaparaba celosamente, pero antes, la artista le recordó a Juanito:

—No te olvides de la cena que damos esta noche en la Casa de Campo.

—No faltaré.

Angelínita, así que vió a Juanito, corrió a su encuentro, y ambos se demostraron con mutuas caricias, su gran afecto.

El afortunado padre de la angelical criatura sonreía, y su amistad con Juanito tomaba más rugumbre en su corazón, ante el entusiasmo con que su hijita preguntaba siempre por él.

Paseando con ellos, Juanito le hizo a Alberto una recomendación:

—Ya sabes que no me gusta hacer de Profeta, pero esta vez, te digo que puedes jugar hasta la caspa, en la próxima carrera, por "Honeyblossom". Llegará el primero, fumándose un cigarrillo y leyendo la prensa.

—Gracias por el consejo; pero no acostumbro a apostar en las carreras.

—¿No está mal? Esa es la manera más segura de ganar siempre! Oye... Perdona... El gran momento, para mí, ha llegado. Nos veremos luego. ¡Adiós, monina!

A poco, empezó la carrera en que tomaba parte el caballo de Juanito.

Inenarrable es el estado de ánimo del joven siguiendo las alternativas del concurso.

A través de algunos temores, que se desvanecieron pronto, la luz de la esperanza surgió esplendorosa, y ya Juanito descontaba cobrar diez mil dólares de ganancia personal, cuando

algo imprevisto vino a desbaratar sus planes.

Fue una cosa tremenda, que emocionó a todos los presentes.

(Angelínita había burlado, inconscientemente, la vigilancia de su padre, y se hallaba en medio del paso de los alocados potros!)



...y ambos se demostraron, con mutuas caricias, su gran afecto.

El desastre era inminente. "Honeyblossom", que iba a la cabeza, la destrozaría e primero, y los demás caballos rematarían a la imprudente criatura.

Juanito no se detuvo en reflexionar, y se

arrojó a salvarla en el crítico instante en que los caballos alcanzaban el cuerpo de la niña.

Fué un verdadero milagro que Juanito pudiese arrancar a Angelinita de las endiabladas patas de los potros, echándose con ella en brazos, guareciéndola con su cuerpo, hacia un lado de la pista.

Pero, a pesar de la rapidez con que Juanito realizó su proeza, "Honeyblossom", dominado a tiempo por Frasquito, que vió el peligro, y tal vez también gracias a su instinto, se detuvo, pero la parada fué tan brutal que jockey y caballo dieron una vuelta de campana, resultando ileso el hombre y herido seriamente el valiente animal.

Y por haber salvado a la niñita que le quería tanto, y a quien él correspondía de igual modo, perdió el noble Juanito diez mil dólares.

— ¡Bah! ; Se ha salvado la niña! — se consoló.

Aquella noche, en la Casa de Campo, los amigos de Juanito cenaban juntos y lo esperaban para dedicarle unos pipos de mal gusto por haber sido él la causa de que "Honeyblossom" perdiese la carrera.

Milly recibió a Juanito con singular interés, y esto sacó de tino a Daniel, el "amigo" de la artista.

Hasta aquí, nada pasó; pero un poco después, continuando Milly en su demostración de simpatía por Juanito, Daniel ahofeteó a la mujer,

y el primero, que comprendió la causa, salió en defensa de la ofendida.

La lucha se agrió de tal modo, que Juanito, sin quererlo, dióle un golpe en la cabeza a Daniel con una botella, y le vió desplomarse al suelo.



Milly recibió a Juanito con singular interés...

El compañero de Daniel, Jesús, le recriminó: — ¡Tú le has matado!... Voy a llamar a la policía.

— No te molestes. Yo mismo la llamaré, por teléfono, en vuestra presencia — contestó Juanito atontado.

Milly, reaccionando de su espanto, lo sacudió y le dijo:

—Juanito, tienes que huir, ¿sabes?... ahora mismo.

—No. Yo no quise matarle, pero fué en legítima defensa.

—No tienes ni un centavo para defenderte contra todos ellos... Y si te prenden, no pararán hasta verte condenado. ¡Huye! ¡Hazlo por mí, Juanito!

—Está bien. Tal vez tengas razón. La Justicia es ciega. ¡Huiré! Pero, por favor, dile a "Rompetechos" que cuide de "Honeyblossom"... que lo cuide como a un hijo.

Tras esto, por sorpresa, Juanito escapó por una ventana.

Algunos meses después, venimos a Juanito en uno de esos pueblos somnolientos, en los que el paso del tren es un entretenimiento, y la toma de una horchata un libertinaje, convertido en empleo principal del único Hotel que existe en el lugar.

Un día...

—¡Juanito! ¡Juanito!—gritó Angelinita desde un auto al ver a su amigo sentado en la escalera del Hotel.

—Angelinita!—contestó Juanito precipitándose a abrazarla. Y después—: ¿Qué tal, Alberto? ¿Cómo vosotros por aquí!

—Bendigo la casualidad que hace que te en-

cuentre, amigo mío. Te he estado buscando durante mucho tiempo, para darte la buena noticia de que Daniel no murió del golpe.

—¡Ah!

—No temas nada. Todo se arregló. Y envíe a "Honeyblossom" a mi hacienda del Robledal,



—¡Huye! ¡Hazlo por mí, Juanito!

junto con Frasquito "Rompetechos".

—¡Yo no sabía! ¡Caramba! ¡Cuánto me alegro! ¡Qué bueno eres, Alberto!

—Mucho más lo fuiste tú... No pude encontrarte aquel día para darte las gracias por el acto heroico que salvó la vida de mi hijita, y

que te hizo perder a ti la carrera. Pero si algún día puedo hacer algo por ti...

— Gracias, Alberto. Por gratitud no quisiera nunca nada, pues otro cualquiera, en mi lugar, hubiese hecho, aquel día, lo que yo hice. Por amistad, si que podría, si me conviniera, pedirte algún favor.

— ¿Trabajas en este villorrio?

— Sí, soy yo todo el personal completo del Hotel, desde botones a Gerente.

— Pues entonces, ya se ha presentado la ocasión de que te "preste un favor" en prueba de "amistad" nada más, como tú quieres.

— ¿De qué se trata?...

— ¿Por qué no vienes a trabajar en mi Hotel de Madison Springs? Se ha puesto de moda, y está muy concurrido.

— No sé si debo aceptar, Alberto... ¿No perjudicará a nadie mi ingreso en el número de tus empleados?

— Hay trabajo para todos. Tú serás mi secretario. Anda, haz tu maleta.

— ¿Mi equipaje? No es necesario. Todo lo llevo metido en un sobre, lo cual es decir que no tengo nada...

— Conmigo, podrás disponer de lo que necesites. ¿Vamos, pues?

— Espérame un minuto mientras presento la dimisión de mis cargos.

Así lo hizo Juanito, y su principal, tan somnoliento como el pueblo, le contestó que "buen

viaje", alegrándose de que su empleado no le reclamase la parte del sueldo que le correspondía por los días que, del mes en curso, había prestado sus servicios en el establecimiento.

Unos días después, Juanito se había puesto al corriente de sus funciones en el mostrador del Hotel de Madison Springs, un balneario puesto de moda por los "dilettanti" de la neurastenia.

A poco de estar en él, Juanito recibió, de su fiel jockey, la siguiente carta.

"Mi querido Juanito:

"Ahí te va un puñado de buenas noticias. La espalda de "Honeyblossom" se curó completamente; ahora está mejor que nunca. Corre como si le fuera detrás la cuenta del sastre. Si pudieras volver a las carreras, en unas cuantas semanas nos haríamos millonarios. Te lo dice uno que chanela un rato largo de estas cosas.

"Fuyo hasta la muerte

"Frasquito, "Rompetechas."

La curación de su caballo, llenó de alegría a Juanito, y Alberto, a quien aquél le dió a leer la carta de Frasquito, participó del optimismo de su amigo.

Como en todas partes, en el balneario de Madison Springs había un "niño bien", Tomás Wilson, ridículo como los secretarios de alcaldías de pueblo que nos presentan en las zar-

zuelas, con la agravante de que su encopetada mamá era ciega en cuanto a la imbecilidad de su retoño.

Tomás gustaba de verse rodeado de las señoritas veranieantes, y hablaba siempre por los codos, si que también por las rodillas.

Su distinguida mamá se deleitaba contemplando el mucho partido que entre el sexo femenino tenía su elegantísimo "bebé".

Pero las cosas cambiaron bruscamente desde que Juanito tomara posesión del empleo que le asignara Alberto.

Comparándolos friamente y moralmente, Juanito le daba cien vueltas a Tomás, y aun se quedaba corto.

Y como esas cosas las tienen muy en cuenta las "ninflas graciosas de nuestra existencia", Juanito hacía andar de cabeza a las señoritas del balneario.

Tomás se mordía las uñas de despecho, cada vez que llegaba el correo y que Juanito lo distribuía a la clientela.

En efecto, todas las señoritas se dirigían al mostrador, y con el pretexto de preguntar si había o no había carta, charlaban un rato con el apuesto secretario administrativo.

Pero a Juanito no le interesaban las señoritas, porque la encargada del correo de la localidad, Margarita Warren, tenía, a su modo de ver, muchos más encantos que aquéllas.

Alberto vio una vez como Juanito entre-

gaba el correo del día del Hotel a la aludida encargada, menos una carta, y adivinó que el ovidio era voluntario, para poder ir a la oficina de Margarita y reanudar, a solas, la plática que empezara en el balneario.

—¿Adónde vas con esa carta?—le preguntó Alberto a Juanito, para bromear, cuando éste se disponía a salir.

—Se me olvidó darla a la señorita que viene aquí todos los días.

—¿Se te olvidó? Anda, anda, conquistador...

Sintiéndose protegido, Juanito echó a correr hacia la estafeta de correos, y su corazón le saltaba de gozo en el pecho.

La estafeta en cuestión estaba enclavada en una tienda de Coloniales, la única del pueblo, de la que era propietario el padre de Margarita, Francisco Warren, y que estaba siempre a punto de cerrarse, por la funesta costumbre de sus clientes en comprar al fiado.

Cuando Juanito llegó a la oficina de correos, encontró "molestando" a Margarita, a Pancracio Simpkins, uno de los principales propietarios del país, quien, entre potentotes hubiera, quizá, pasado por un guapo mozo.

Juanito separó a Pancracio de la ventanilla, detrás de la cual atendía al público la encargada del correo, y se hizo "despachar".

Como Pancracio no estaba allí por asuntos burocráticos, no pudo protestar por la intrusión de Juanito en su plática con Margarita, y optó

por marcharse a sus campos, que eran su elemento.

Entonces Juanito pidióle sellos a Margarita, para la carta "olvidarla", y, cuestión de pasar el rato con ella, escogió los más bonitos, rozando entretanto sus dedos...

Margarita había visto "en seguida el ardid de Juanito, y ciertamente estaba contenta...

El señor Warren se acercó a ellos, y su hija le presentó a Juanito.

—¿Cómo va el negocio?—opinó este último que era lo mejor que podía preguntar.

—Pues le diré. Tenemos muchísimos clientes... pero ninguno paga al contado. Todos están acostumbrados a que se les fie.

—No debería usted conceder crédito a nadie.

—Sería un gran remedio... pero no me atrevo.

—Si yo dirigiera este negocio... ¿No le interesaría a usted un dependiente como yo?

—Como usted, sí. Sería un gran descanso para mí. Pero, siendo usted el secretario de don Alberto...

—¡Claro! Era un decir...

Margarita miró a Juanito, éste a aquélla, y sourieron.

Al baile semanal, que tenía lugar en el Hotel de Madison Springs, asistieron, aquel día, Margarita y su padre.

Juanito aprovechaba esta grata circunstancia

para estrechar en sus brazos a la deliciosa mujer a quien amaba.

Tomasín, descoso de quitarle su hermosa pareja a Juanito, la invitó a bailar con él al mismo tiempo que el segundo ya empezaba a hacerlo muy a gusto de Margarita.



Juanito pidióle sellos a Margarita...

Así, pues, ésta contestó a la invitación de Tomasín en esta forma, francamente correcta:

—Voy a terminar este baile con el señor Hardwick, pero le prometo el siguiente.

Sin embargo, el "niño bien" se molestó, y para vengarse de Juanito, comió la estupidez

de interrumpirle durante el baile, para decirle:

—Dígame, Hardwick, ¿qué ha pasado con mi ropa? ¿No la ha devuelto la lavandera?

Margarita comprendió el sentido autoritario de las palabras de Tomasín, y le dirigió una mirada de reproche, a la par que Juanito le respondía hábilmente:

—¿Mandó usted la ropa a la lavandera? No lo sabía. Yo creí que lavaba usted mismo su ropa.

Tomasín se vió obligado a callar, y terminó, tranquilamente, el baile, Margarita y Juanito.

Al empezar el siguiente baile, Tomasín, odiando a Juanito, se presentó donde éste se encontraba con Margarita, y le dijo:

—Este es el baile que me ha prometido la señorita Warren.

Pero Margarita contestó:

—He cambiado de idea, señor Wilson. Prefiero seguir bailando con el señor Hardwick.

Como varias señoritas comentaran jocosamente el chasco recibido por Tomasín, éste dióles estas razones a guisa de justificación:

—Naturalmente, yo tengo la culpa. ¿Quién le manda a uno mezclarse con gente vulgar y grosera?... La educación, para esta gente, está de más...

Margarita tembló al contacto nervioso de las manos de Juanito, y, rápidamente, una de ellas descargó su furia en el rostro del "niño bien."

Cesó el baile, y el incidente suscitó acaloradas apreciaciones, las más en contra de Juanito, por el principio de la ofensa del subalterno al superior.

Tomasín no repelió la agresión, pues le contruvieron, y a ello debía el haber salido con un solo cachete de la cólera de Juanito.

Acudió Alberto, a quien la mamá del "sorro" le ordenó:

—Exijo que despidas inmediatamente a ese empleado.

—Permítame, señora Wilson, que sea yo quien decida lo que debo hacer en este caso...

—contestó Alberto.

Y la dama reincidió, secundada por otros clientes:

—Si usted no despidas inmediatamente a ese joven, abandonaremos en el acto esta casa.

Juanito se apartó con Alberto, a un lado donde pudieran hablar libremente, y le dijo:

—Yo no puedo permitir que pierdas, por culpa mía, tan importante clientela.

—Me da lo mismo. Yo no te despidi ni deseo que te vayas. De modo, que pueden, esos estúpidos, hacer lo que les de la gana.

—No, Alberto... Yo he de confesarte, además, que querría trabajar con el señor Warren.

—¿Con...? Oye, muchacho, ¿de veras estás enamorado de esa joven?

—Sí, Alberto... La quiero.

—Entonces, no me opongo a que, aprove-

chando el incidente de hoy, te pongas al servicio del padre de tu novia.

—Gracias, Alberto. Ahora mismo voy a decirle al señor Warren que puede, desde mañana, contar conmigo.

Al día siguiente.

Por primera vez en la historia del Banco de Madison Springs, los clientes acudieron a él, en masa, para sacar dinero.

La causa de este extraordinario suceso era el cartelito colocado a la puerta del establecimiento de comestibles por Juanito—que fué aceptado con mil amores, como encargado de la tienda, por el señor Warren—. Ese cartelito decía:

Todas las cuentas pagadas antes de las seis podrán ser saldadas a 1/2 de su valor. Hoy solamente.

¡Caramba! Esta ha sido una magnífica idea—decían los clientes que tenían cuenta pendiente con el señor Warren, pero que preferían ingresar su dinero en el Banco.

Y antes de las 6, todas las cuentas se habían saldado.

Pero entonces Juanito puso en práctica la segunda parte de su plan: no vender más artículos sino al contado rabioso.

Esta fué una sorpresa que nadie esperaba.

La idea de Juanito había sido excelente.

En efecto, lo indispensable era cobrar lo que

se pudiera de lo atrasado; luego suprimir los créditos.

El señor Warren aprobaba cuanto hacía su dependiente, y más de un motivo de admiración hacia Juanito tenía la gentil Margarita.

Y no perdía el tiempo el simpático joven,



Ese cartelito decía: Todas las cuentas pagadas antes de las 6...

susurrándole cosas dulces al oído de su amada, aunque sin concretar nada.

Unos días después, se publicaba un anuncio en el pueblo de unas carreras de caballos con un premio de mil dólares.

El señor Warren, gran jugador, en el lugar, a los caballos, anunció a su hija que apostaría una buena suma por "Melocotón", el potro que inscribía, con esperanzas de ganar, el toco Pan-cracio Simpkins.

Margarita aconsejó a su padre que no lo hiciera, pues a la sazón la tienda empezaba a dar positivos resultados, y no era prudente arriesgarse por otro lado.

Juanito se puso de parte de Margarita.

—Está bien. No jugaré nada esta vez—dijo el señor Warren.

Pero, a solas con Juanito, le encargó:

—Ponga este dinero a favor de "Melocotón". Le prometo que será la última vez que juegue... No le diga nada a Margarita. No tiene porqué enterarse de esto.

A pesar suyo, Juanito aceptó el encargo.

Entretanto, Tomásín, que era un pillo con cara de tonto, sobornaba a Simpkins.

—Si te decides a ser de los míos, te haré ganar mucho dinero. Todos estos paletos están apostando por tu "Melocotón", pero yo me he arreglado con un amigo mío para que inscriba su caballo—que ese sí que ganará—en esta carrera. Podemos ganar todas las apuestas.

—Yo tengo confianza en "Melocotón".

—No seas necio. El caballo de que te hablo no ofrece dudas acerca del triunfo. ¿Qué, aceptas?

—¿Cuánto ganaré yo?

—Los beneficios se repartirán entre tres personas: Jesús Bohibe, que es el amo del caballo; tú y yo.

—Conforme.

—Vete, pues, al Rohledal, en cuyas cuadras está el potro, lo tomas, e inscribelo, como si fuera



Y no perdía el tiempo el simpático joven...

tuyó, con el nombre de "Ajax".

Simpkins partió hacia El Rohledal.

Allí, el que cuidaba del caballo de Jesús Bohibe, ya avisado por éste, lo entregó a Simpkins, después de decirle a Frasquito "Rompetechos"—que, como ya sabíamos, se hallaba en El Ro-

medal—si quería montarlo, negándose rotundamente por fidelidad a Juanito.

Frasquito pensó en la conveniencia de poner al corriente de lo que sucedía a Juanito, y para ello se trasladó a Madison Springs, y se avistó con él en secreto, alegrándose mucho, ambos, de volverse a ver.

Después de la entrevista con su jockey, Juanito fué a hablar del asunto de las carreras del pueblo con Alberto.

—“Rompetechos” acaba de decirme que Wilson y Simpkins van a hacer correr un caballo ilegal, “camouflado”, en la carrera de mañana... Una combinación del diablo, que es como robarle el dinero a la gente. En vez de descalificarlos, será mejor que me dejes hacer correr a “Honeyblossom”... Solamente me propongo llevarme el dinero de esos granujas.

—Me es imposible tolerar estas cosas, como encargado de las inscripciones.

—Medita bien sobre este caso... El señor Warren insiste en que apueste todo su dinero por “Melocotón”. Créeme... Me gustaría que el pobre viejo ganara, aunque fuera una sola vez en su vida. Yo te aseguro, que nadie reconocerá mi caballo. Tengo una idea magnífica.

Después de muchos *peros*, Alberto aceptó. Y, con la alegría de Juanito que se supone, unos días después “Rompetechos” y “Honeyblossom” llegaban al pueblo.

El “camouflage” del potro fué prestamente

hecho, convirtiéndolo, en apariencia, en un caballo de campo.

Y llegó el día del acontecimiento del año en Madison Springs. Las carreras de caballos.

En cuya ocasión volvemos a ver caras conocidas; viejas amistades de Juanito: Milly, la artista, Jesús Boliche y otros inseparables.

Tomasin y Simpkins hacían a los lugareños propaganda para “Ajax”, el caballo “camouflado” inscrito. Juanito se unió al corro que formaban los propagandistas, y con convicción le restó méritos a “Ajax”, comparándolo con un penco cualquiera. Y añadió:

—Me atrevería a escoger uno de esos caballos que están junto a la empalizada, con la seguridad de que vencería a “Ajax”.

Rieronse Wilson y Simpkins, y se cruzaron fuertes apuestas.

Juanito se dirigió a un mozo de campo que se hallaba junto a un caballo, y le dijo:

—¿Es buen corredor este caballo, ¿verdad? A lo menos me lo pareció a simple vista.

—Pues sí, señor, no se ha equivocado. Este caballo corre como el diablo.

—¿Sabría usted montarlo?

—Ya lo creo. No sería la primera vez que lo montase en esta misma pista.

—¿Quiere usted tomar parte en esta carrera?

—¿Por qué no? Pero...

—Le pagaré los derechos de inscripción... y además, será para usted el premio, si lo gana.

El mozo—que no era otro sino Frasquito, y el caballo, "Honeyblossom"—se inscribió en el concurso hipico, entre risas de Simplius y Tomasín que ya descontaban sus ganancias.

Y empezó la carrera.

Y pronto se vió la superioridad de "Honey-



—Me atrevería a escoger uno de esos caballos con la seguridad de que vencería a "Ajax."

blossom" sobre los demás caballos.

Boliche trataba en un pa'co, inmediato al del señor Warren y Margarita.

De pronto, Milly reconoció a Juanito, que estaba más contento que nunca, sentado en el

borde de la barrera de la pista, pensando en la alegría que le daría al viejo Warren cuando le entregase el dinero ganado en la apuesta que por él, con el dinero que le entregara, había hecho.

—¡Pero si es Juanito Hardwick!... ¡El que



Juanito, que estaba más contento que nunca, sentado en el borde de la barrera...

estuvo a punto de matar a Danie! Cummins por defenderme!" exclamó la artista. Y añadió, más asombrada todavía:—Ese es su propio caballo, el "Honeyblossom", y su jockey.

Bolicho se levantó de su silla y dijo:

—Voy a hacer que lo descalifiquen inmediatamente.

Milly, recordando la nobleza de Juanito, asió por el brazo a Bolicho y le obligó a sentarse de nuevo, diciéndole:



Alberto felicitó a su amigo, mientras que Tomasín, despechado...

—Pero no te olvides de que también tú has traído un caballo "camoufiado".

Bolicho se consideró vencido, y gruñía contra Juanito.

Los Warren, oyeron, altamente sorprendidos,

lo que dijeran Nilly y Bolicho, y esperaban ver a Juanito.

Al final de la carrera, en la que resultó vencedor "Honeyblossom", Alberto felicitó a su amigo, mientras que Tomasín, despechado, reconocía una vez más que no precisamente los "niños bien" son más listos que los empleados de tres al cuarto, como él calificaba a Juanito.

Juanito iba a ver a Margarita y su padre, para darles la buena noticia de la ignorada ganancia del viejo, pero Milly lo retuvo en su palco, y de las demostraciones que de su simpatía de siempre le hiciera, dedujeron los Warren que Juanito no era el muchacho sencillo y serio que se habían figurado.

Y se alejaron de él, con evidentes señas de enfado.

Pancracio Simpkins, en vista de la derrota de su combinación con Tomasín, creyó que se trataba de una tomadura de pelo, y le persiguió a campo traviesa para darle una paliza de la que guardase eterno recuerdo.

De regreso en su casa los Warren, el padre, sin consultar para nada a Margarita—que estaba muy afligida—cogió la maleta de Juanito, la llenó de los efectos pertenecientes a éste, y la dejó encima del mostrador de la tienda.

Con la maleta había este papel-manuscrito:

"Sr. Hardwick:

"Aquí le hemos considerado a usted como a

mo de la familia, pero no podemos tolerar que siga usted entre nosotros después de lo que hoy hemos visto. Ya no tiene usted nada que hacer en esta casa."

Juanito, ajeno a lo que los Warren le preparaban, volvió a la tienda, y su extrañeza fué muy dolorosa al encontrar su maleta y el papel en el que se le daba el despido sin comentarios de ninguna clase.

El golpe que le asestaba el destino era muy cruel.

Pero tuvo que soportarlo sin poderse explicar, pues no habría sido probablemente comprendido por el viejo.

Antes de marcharse, Juanito dejó también una nota para los Warren, en la que les decía:

"Fuse el dinero que usted me confió, a favor de "Honeyblossom" en vez de "Melocotón". Mi deseo era que usted ganara por lo menos una vez en su vida. Mi amigo, el señor Alberto Duffy, le explicará todo. Estoy muy apenado de que usted y Margarita hayan recibido tan mala impresión de mí. Adiós. Les quiere con el afecto más sincero y puro.

"Juanito."

Y, con esa nota, dejó, para el señor Warren, el premio de la apuesta ganada.

Margarita tuvo la intención de pedir expli-

caciones a Juanito, pues necesitaba tenerle siempre a su lado, pero en el momento decisivo volvió sobre sus pasos.

Y Juanito se marchó con una soledad muy grande en el corazón.

Alberto le contó a Margarita quién era Juanito, y el motivo por el cual le había tomado a su servicio en Madison Springs, y la joven, enamorada por primera vez en su vida del buen muchacho, deseaba con toda su alma, su regreso.

Simpkins renovó muchas veces la petición de la mano de Margarita, y otras tantas veces declinó ella tal honor.

El corazón de la gentil mujer le decía que Juanito, si realmente—como a ella le pareciera antes—la amaba, volvería al pueblo.

Pero pasaron algunos meses... y el amado no reaparecía.

¿Qué había sido de él?

Oh, había cambiado mucho!

¿Moralmente?

Eso no. Materialmente nada más.

"Honeyblossom" habíase convertido en la mina de oro que le asegurara su padre, y ya rico,

tomaba la determinación de regresar a Madison Springs, con la idea de reconquistar lo que perdiera el día de la famosa carrera de caballos.

En la carretera del pueblo Simpkins le vió llegar en auto, y, atónito, le preguntó:

—¿Es suyo el coche?

—Sí, amigo, "Honeyblossom" me ha estado dando el dinero a paletadas. ¡No hay caballo en el mundo que se le ponga por delante!

—¡Eso es tener suerte!

—¿Sigue Margarita en la tienda de su padre?

Simpkins, terco como un asno, no había perdido aún la esperanza de vencer la resistencia de Margarita en corresponder a su amor, y le mintió, así, a Juanito:

—Sí ha venido usted para hacerle la corte, ha llegado tarde, amigo. La semana entrante nos casamos... ella y yo... Conque...

—No sabía... ¡Vaya, me alegro! ¡Adiós!

Y Juanito siguió adelante, hacia el balneario, entristecido hondamente por la inesperada noticia de Simpkins.

Angelinita consoló un tanto—pero no lo bastante—el pesar de Juanito, quien, después de hacerle muchos mimos a la niña, se entrevistó, a solas, con Alberto.

—¿Has visto a Margarita?—le preguntó éste.

—No. Pero Simpkins me ha dicho que iban a casarse la semana entrante. Créeme, ha sido para mí un rudísimo go'pé.

—¿Qué se casan? No tuve nunca conocimiento de ello. Yo creí que Margarita te esperaba.

—Nadie más que yo tiene la culpa... Nunca le dije que me esperara.

—Sé que Páncracio ha estado últimamente haciéndole la corte muy asiduamente, pero no me hubiera imaginado nunca que ella le correspondiera.

—¡Bah! Por este lado no he tenido suerte. Decididamente debo ser un tipo romántico... Figúrate que llegué hasta a comprar una casa ¿Sabes?... Como regalo a la novia.

Es una lástima...

—Paciencia. En vista del fracaso la convertiré en un Asilo o casa parecida. La llamaré el Asilo de Santa Margarita.

—No seas tan brusco, muchacho...

—Nada, nada... Ocupate de administrar eso en mi nombre... Yo me voy a Europa, en el primer vapor. Frasquito me espera con mi mina de oro... Escribeme a Blitmore... Desde allí me mandarán las cartas a los puntos que vaya recorriendo.

Quédate a comer conmigo.

—Imposible. He decidido marcharme en seguida.

—Buena suerte.

—Gracias, Alberto. Así lo creo... porque "Honeyblossom" es fiel a quien le quiere.

Partió Juanito de Madison Springs, y le faltó tiempo a Alberto para ir a ver a Margarita y enterarse de la verdad de su casamiento con Simpkins.

Pero todo era una farsa del despreciado pretendiente, y al saber que Juanito la quería como lo demostraban sus palabras y sus hechos, Margarita rogó a su padre—que accedió de muy buena gana para corregir el error que cometiera con él—que la acompañara, con Alberto, al hotel en que su amado vivía en la ciudad.

En un auto, los tres se lanzaron carretera adelante, y llegaron a la meta unas horas después.

Juanito hacía rato que había salido del hotel, para embarcarse en el "Presidente", y Margarita, su padre, y Alberto, fueron al muelle.

El vapor zarpaba en aquel instante y Juanito, apoyado tristemente en la barandilla de estribor, se despedía de su tierra.

De pronto, Margarita y Alberto gritaron agitando su pañuelo, y Juanito los vió.

La presencia de Margarita en el muelle le indicaba que ella le quería y no se podría consolar de su partida.

Loco de contento, Juanito no vió más que el dulce rostro de su querida Margarita, y como no podía desembarcar por la vía normal, se arrojó al agua y la alcanzó a nado.

—Entonces, ¿me quieres?—le preguntó a ella,

—Sí, Juanito, sube, yo siempre te he querido.

Y la proeza de Juanito, comentada a egremente por los numerosos espectadores que desde el muelle despedían a los parientes o amigos que marchaban en el vapor hacia otros horizontes, fué como el bautismo del verdadero amor.



—Entonces, ¿me quieres?

—Sí, Juanito, sube.

de Margarita y el héroe.

En todo caso, no faltó agua en la pilaza.

FIN

Revisado por la censura militar



PRÓXIMO NÚMERO

LA DELICADA COMEDIA



SU SEÑOR Y DUEÑO

CREACIÓN DE LA SIMPÁTICA ARTISTA

ALICE JOYCE

EL ORGULLO DE UNA MUJER ES
VENCIDO POR LA FUERZA DEL RECTO
AMOR DE UN HOMBRE, SU MARIDO

POSTAL - REGALO -

CONSTANCE PALMADGE



LA NOVELA FILM de todos los
Mares en toda España

10 fotografías • 40 páginas

Publicación Selecta - **PRECIO: 30 Cts.**

Colectores completos y números
sueltos atrasados a precios corrientes,
de venta, en LA SOCIEDAD GE-
NERAL ESPAÑOLA de LIBRERÍA, S. A.,
Barbaca, 18 - BARCELONA,
en las Agencias de Provincias
y en todos los Kioscos de España



ÚLTIMO GRAN ÉXITO DE LA
BIBLIOTECA FEMENINA
DE LA
NOVELA FILM

Los Diez Mandamientos

Lo más grandioso que se ha filmado.
Asunto altamente senti-
mental de positivo triunfo.

Resonante éxito en el Suntuoso
COLISEUM, de Barcelona

112 PÁGINAS 30 FOTOGRAFÍAS

POTENTOSA TRICROMÍA

PRESENTACIÓN A TODO LUJO

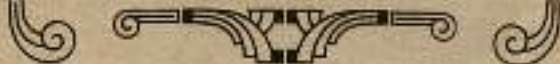
PRECIO: 1 PESEPA

Pida esta novela en todos los kioscos
y librerías de España y América. Si
no la encuentra, espere nuestra
reimpresión

Recuerde los anteriores volúmenes de
esta Biblioteca

LA MENDIGA DE SAN SULPICIO

LA MADONA DE LAS ROSAS



• NÚMEROS PUBLICADOS •

N.º	NOVELA	Postal-Escena
1	Los campos a gente brava	El joven Medardus
2	Las dos rigueras	El Prisionero de Xenda
3	Vanidad Femenina	La Batalla
4	Los cuatro vientos del apocalipsis	Los enemigos de la mujer
5	Las espigas de los hombres buenos	Violetas Imperiales
6	Boring, El Negro	Mary Pickford
7	En poder del enemigo	Thomas Melghan
8	Heliotropo	Bébé Daniels
9	Corazón triunfante	Douglas Mac Lean
10	Por la puerta de servicio	Eikel Clayton
11	Murmuración	Charles Ray
12	El Indomado	Vivian Martin
13	Cómo aman las Mujeres	Roscoe Arbuckle (Fatty)
14	La fuga de la novia	Enid Bennett
15	Por salvar a su madre	Wallace Reid
16	Juguetes del destino	Lucienne Legrand
17	El saldo pendiente	William S. Hart
18	Los Misericordiosos (Especial)	Mary Miles Minter
19	De Herista a millonaria	Dustie Varnum
20	El Crimen del Millionaire Palace	Bessie Love
21	La coqueta irresistible	Ranón Navarro
22	El secreto profesional	Hazel Norman
23	De cara a la muerte	Robert Hawthorne
24	Valiente Luna de miel	Louise Wilson
25	El canto del amor triunfante	Antonio Moreno
26	El Boletín	Pearl White (Perla Blanca)
27	El martirio del vivir	William Farnum
28	Odella (Especial)	Dorothy Phillips
29	Al borde del Abismo	Georges Biscol
30	El milagro de Lourdes	Agnes Ayres
31	El Caballo de Cartieras	Douglas Fairbanks

